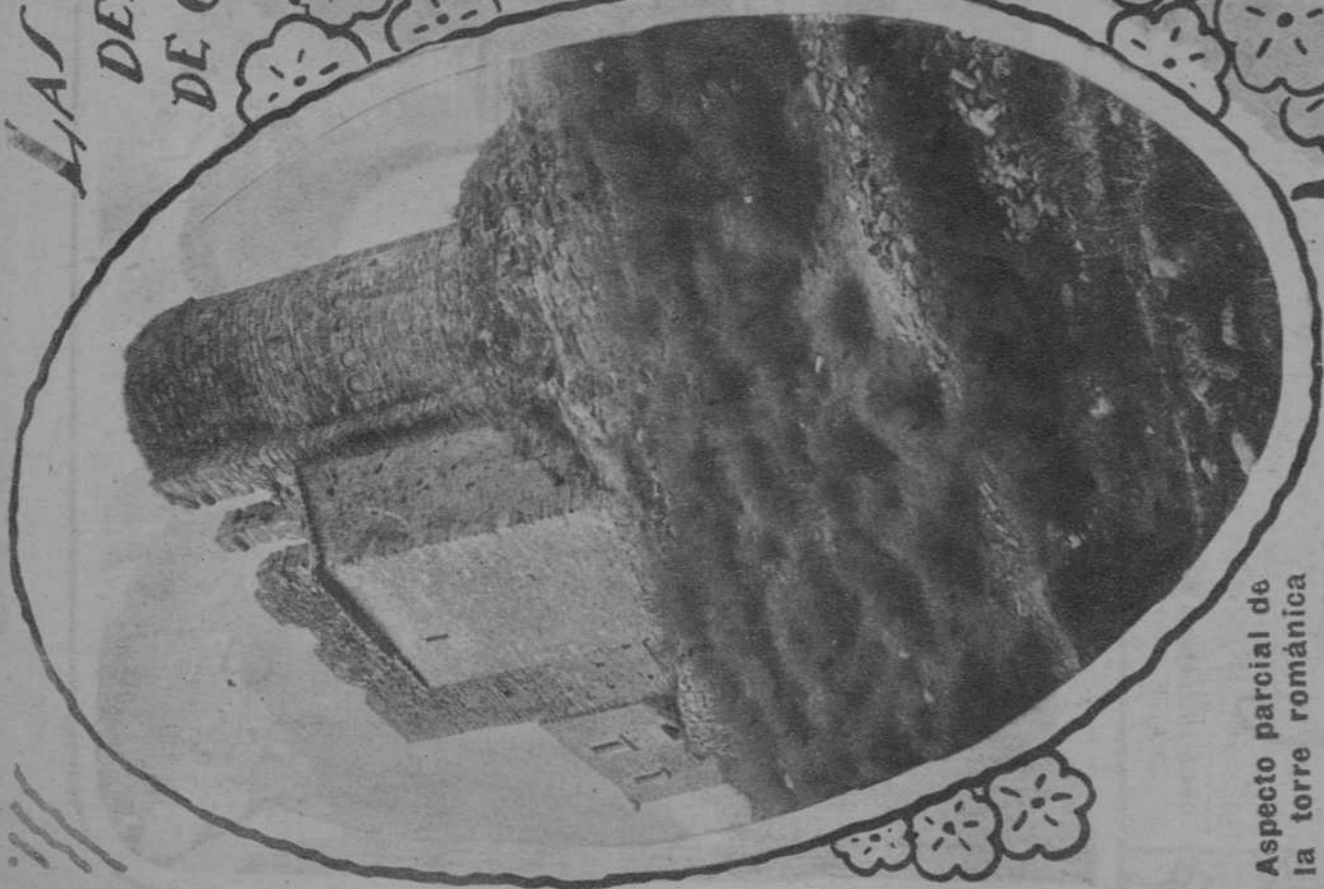
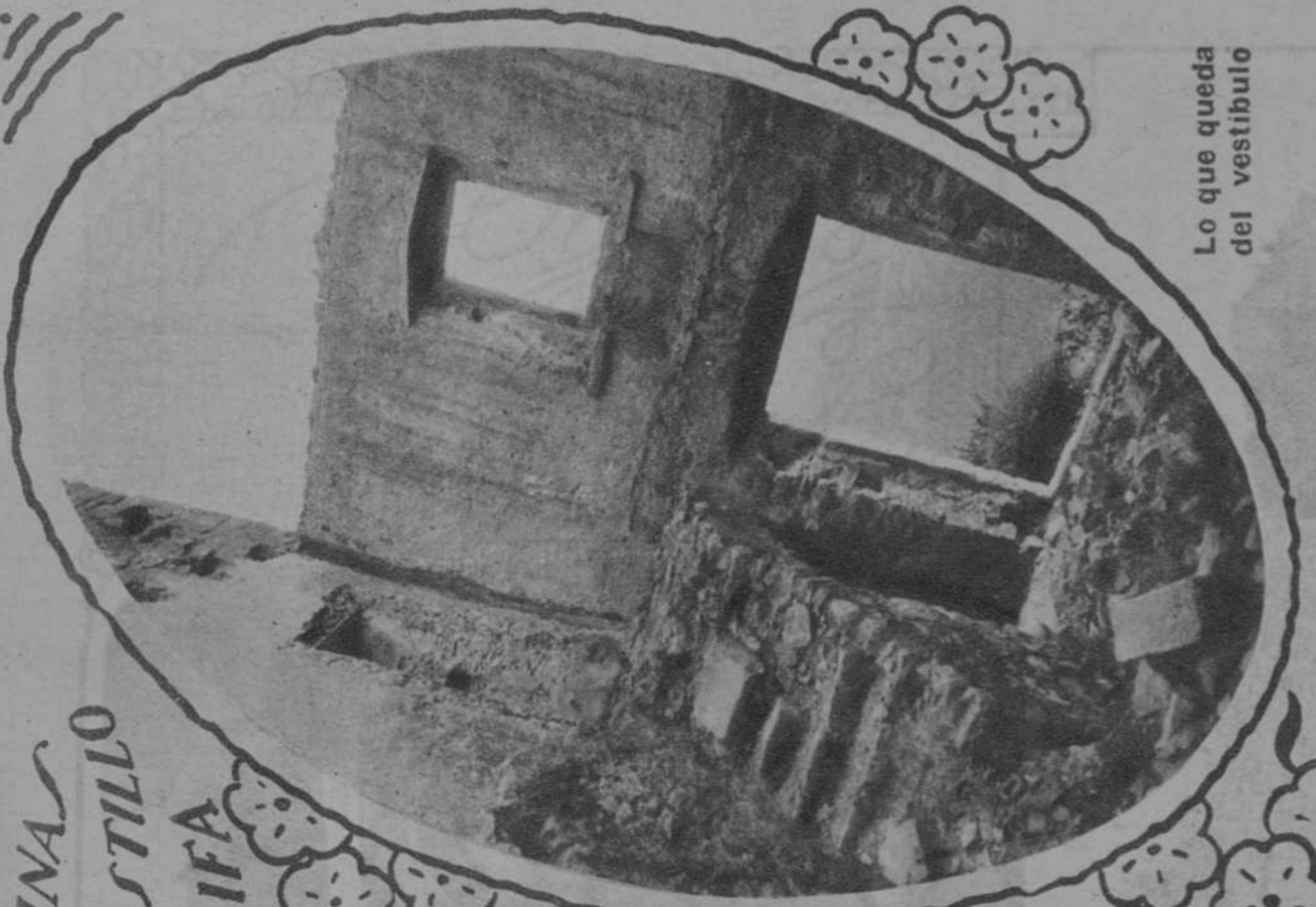


**LAS RUINAS  
DEL CASTILLO  
DE GALLIFA**



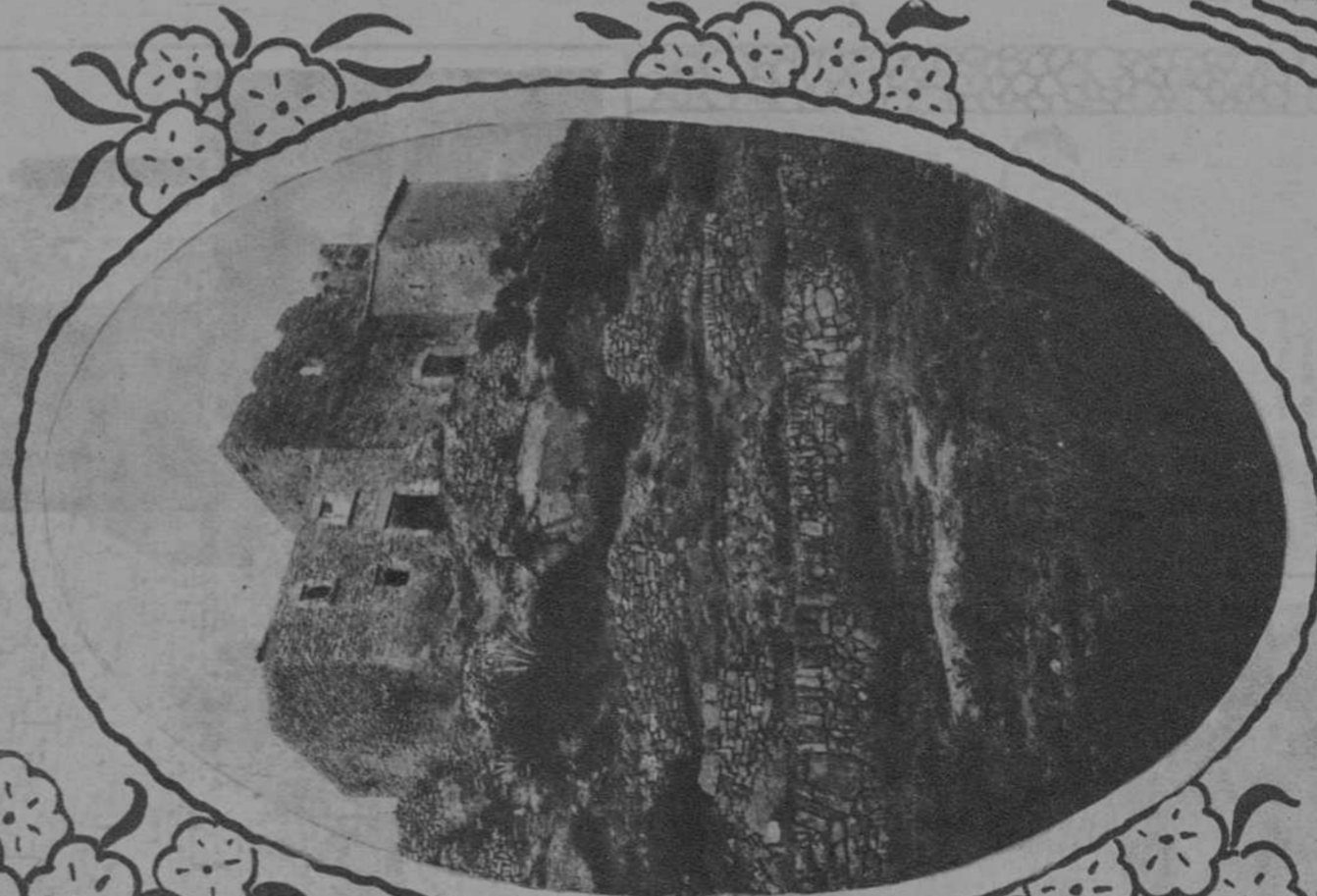
Aspecto parcial de la torre románica



Lo que queda del vestíbulo



Los muros almenados



Vista de la fachada

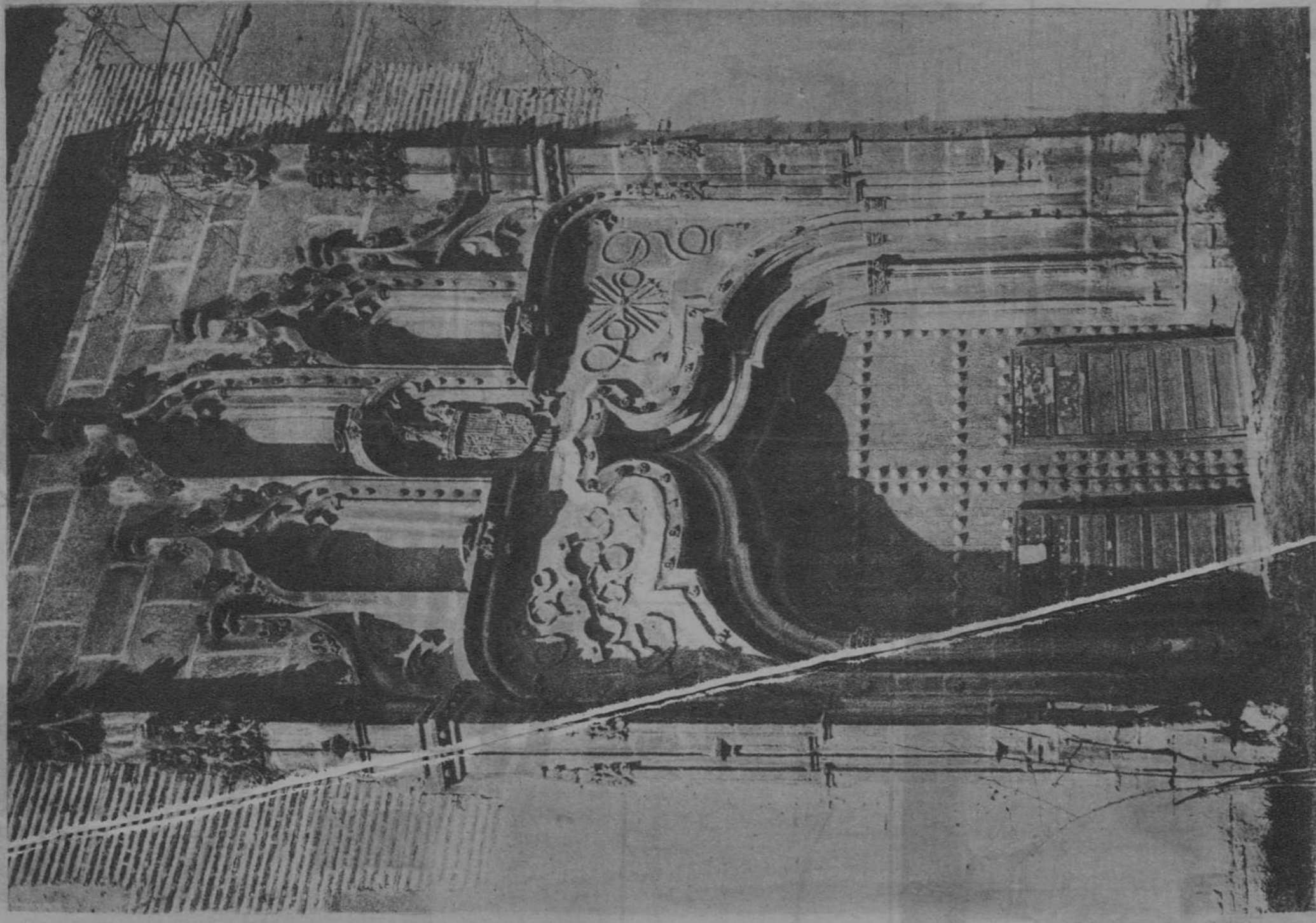
(Fots. Francasi)

**NVM  
1400**

**PAGINAS  
EXTRAORDINARIAS**

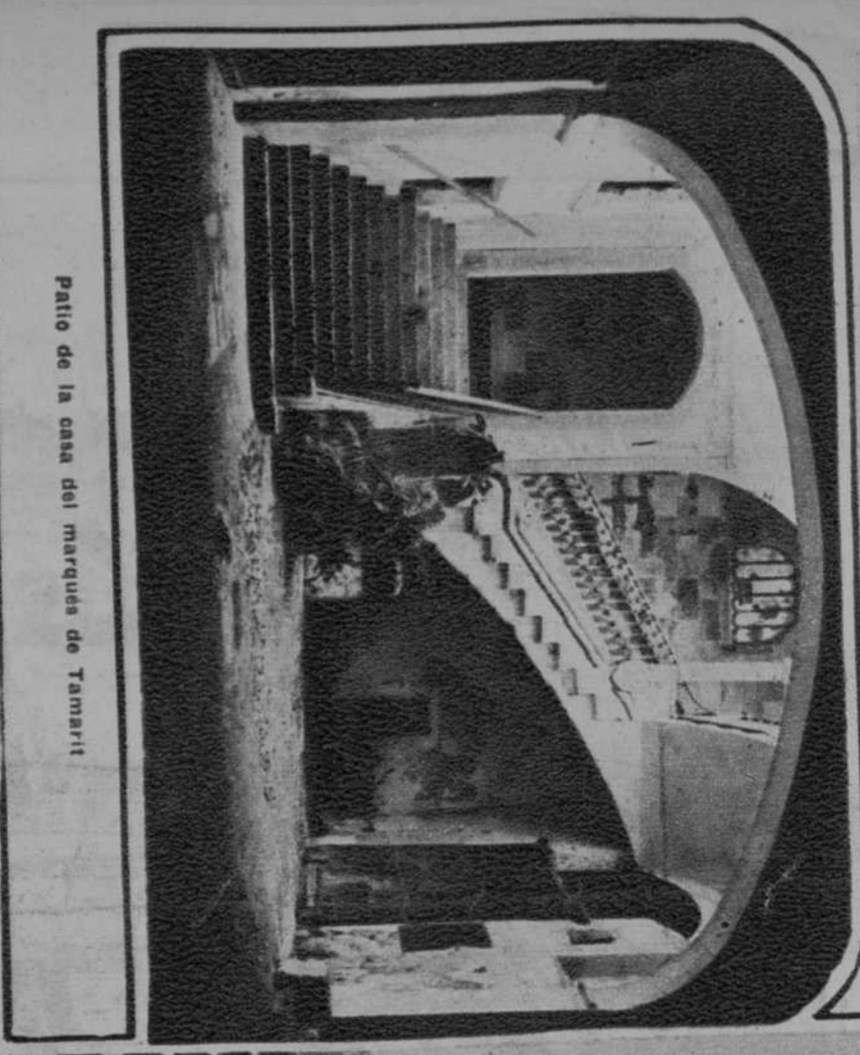
**El Día Gratís**

**diñete  
16  
1928**



La portada de Santa Isabel la Real, en Granada

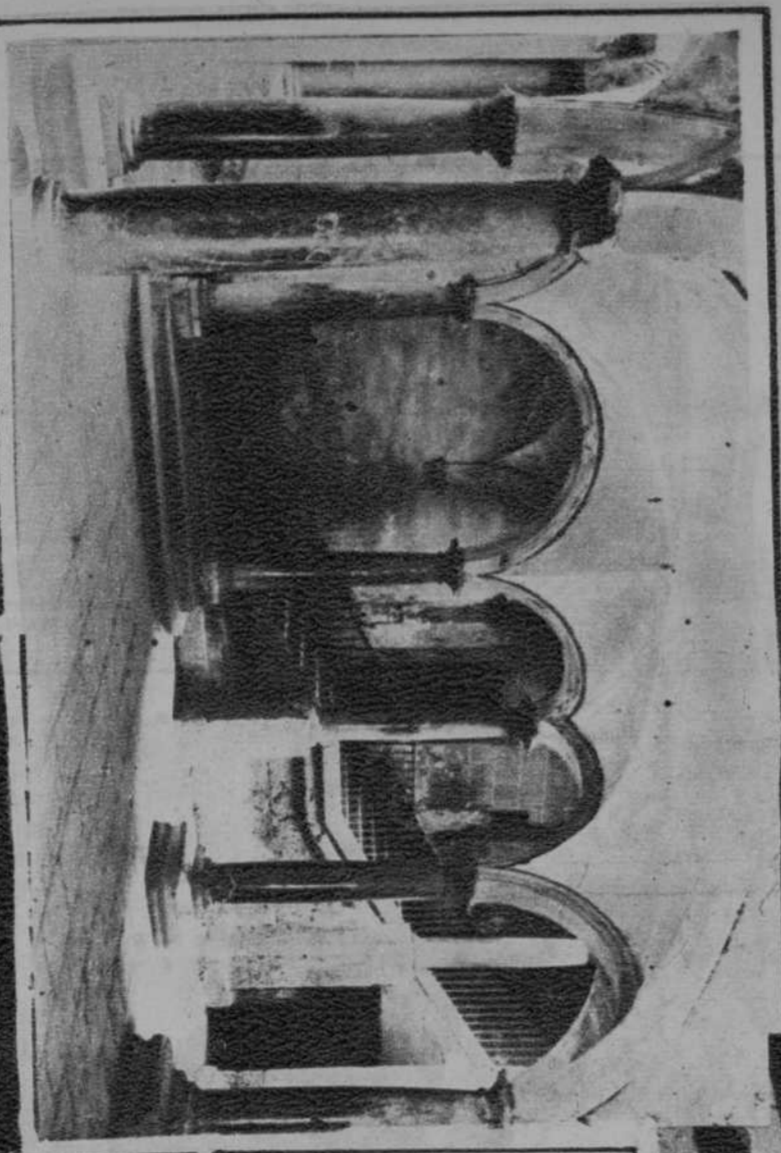
# Los bellos patios de Córdoba



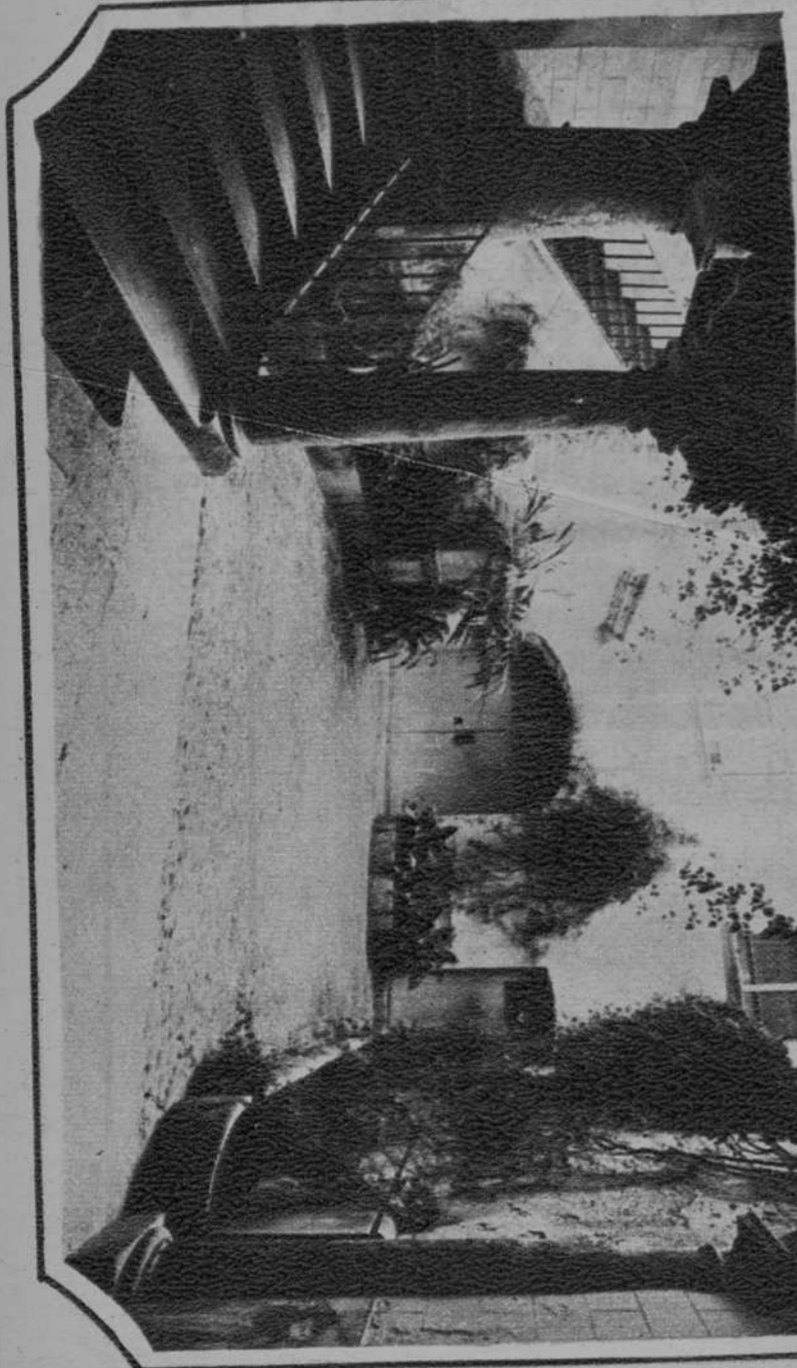
Patío de la casa del marqués de Tamarit



El antiguo patío de la casa Miro

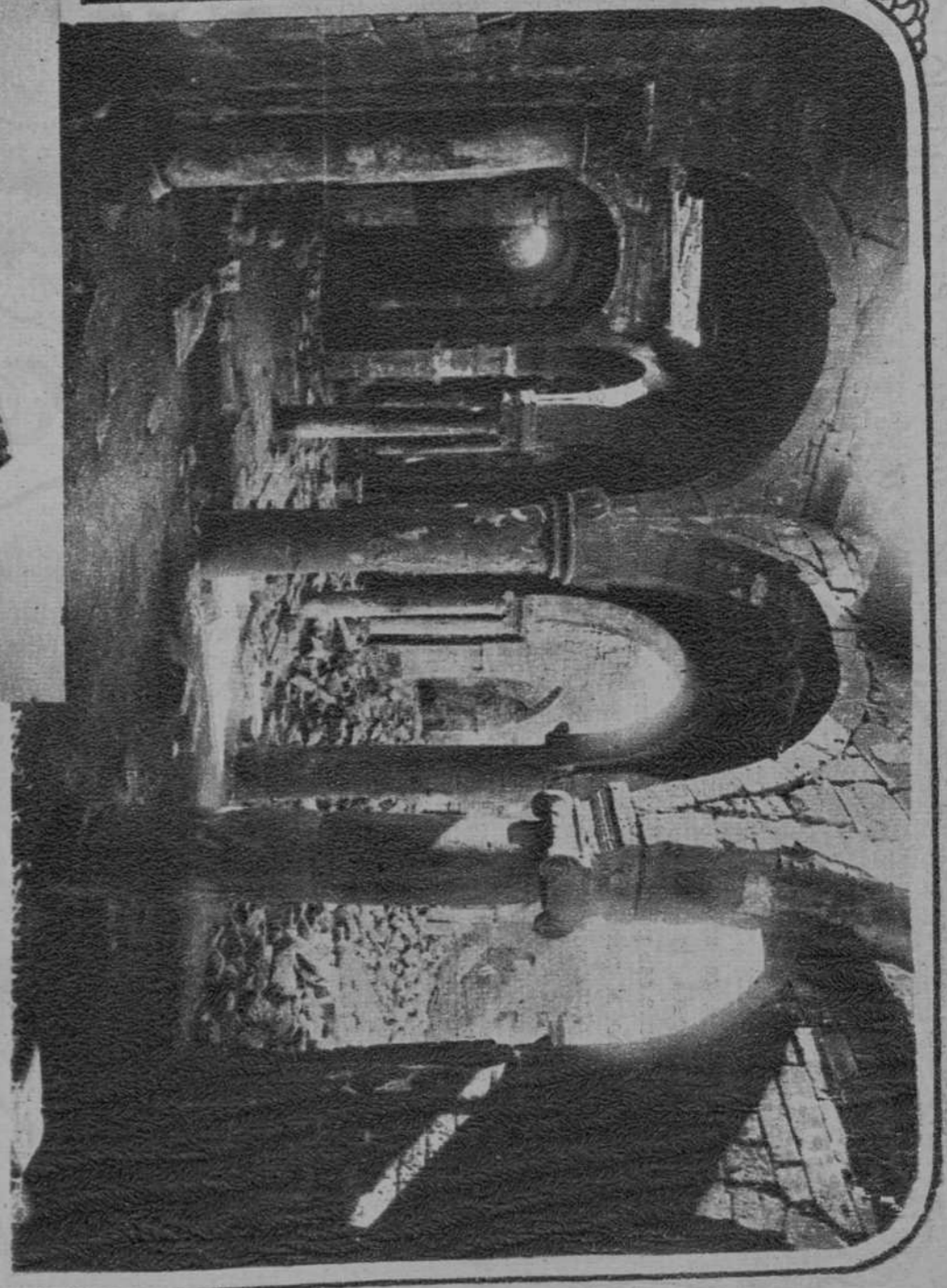


El típico patío de la casa del marqués de Montoliu

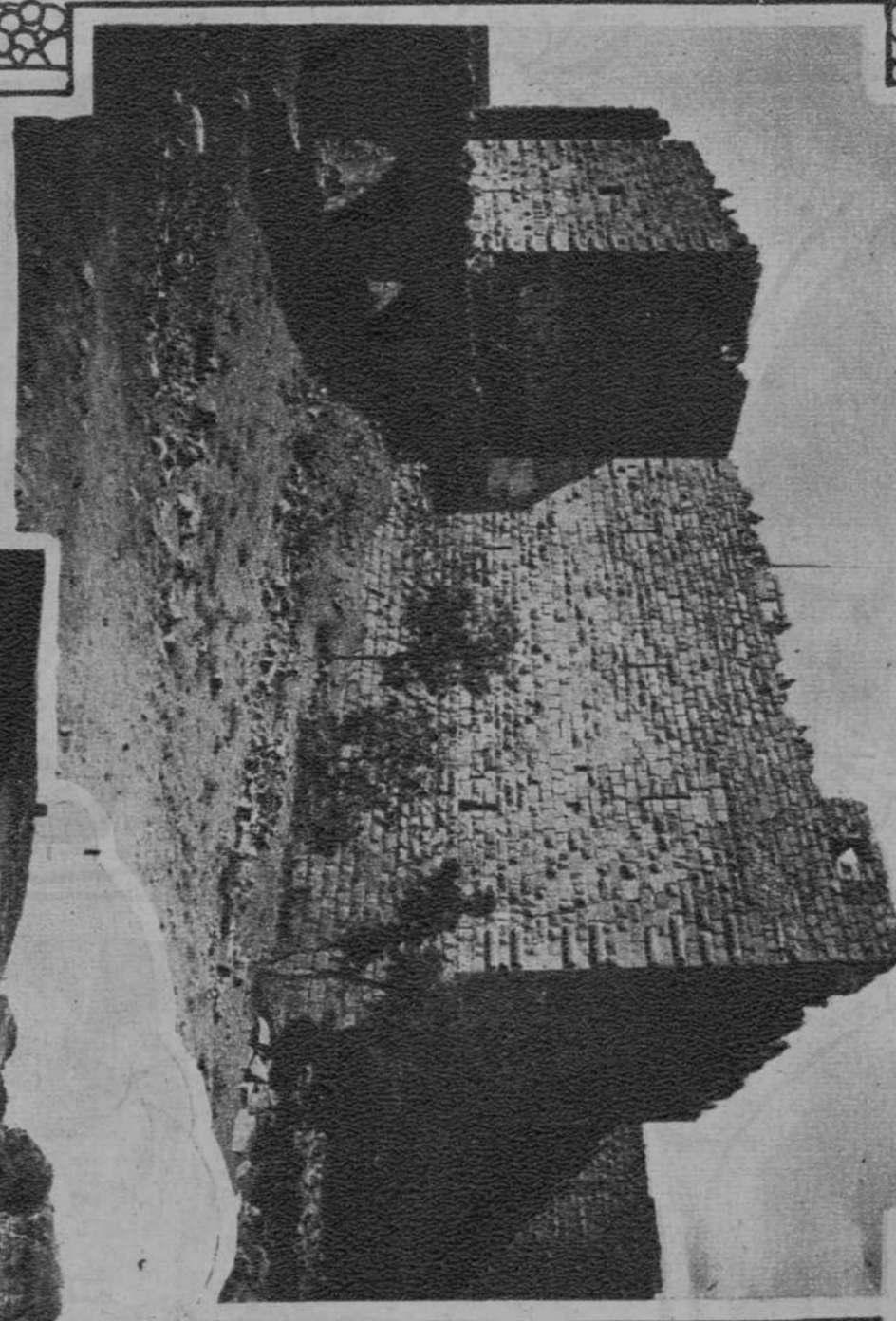


El patío de la casa Buxalde  
(Foto. Vailhe)

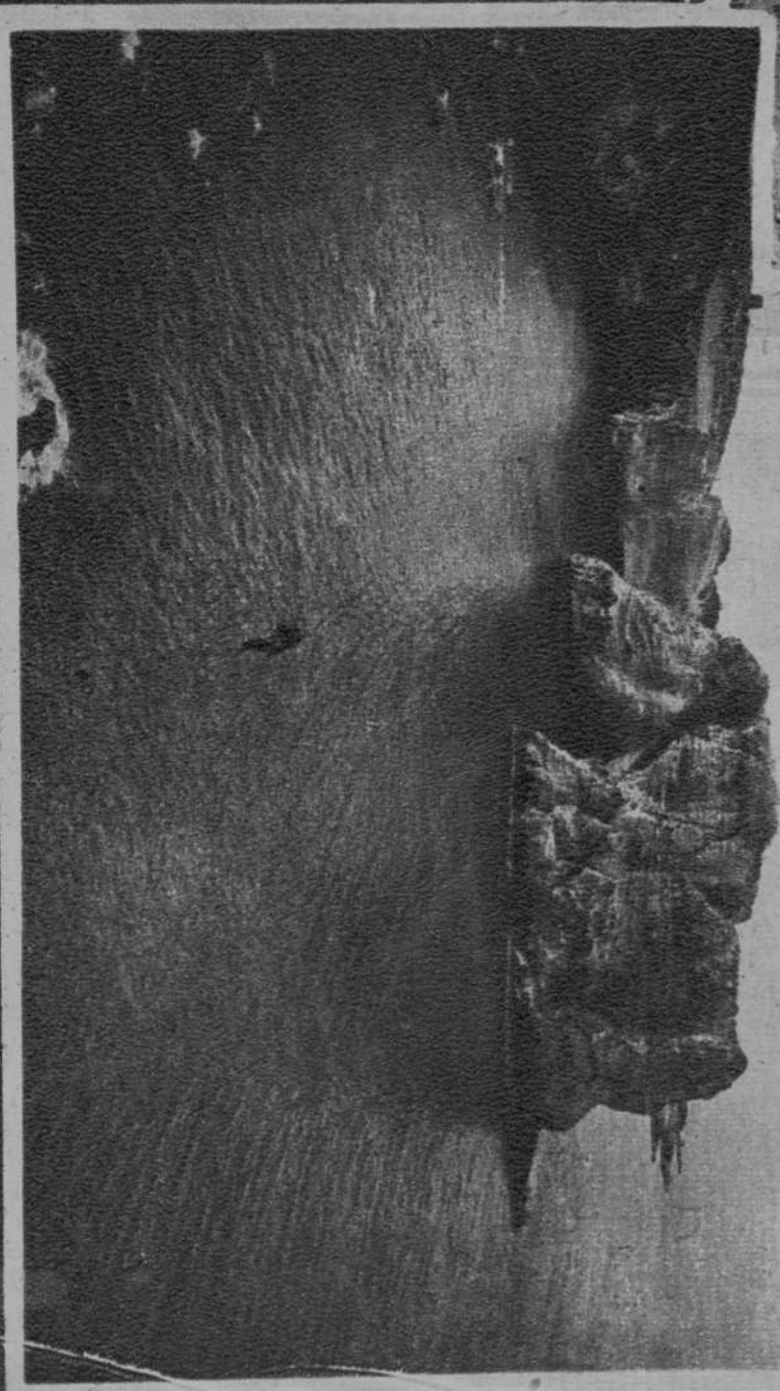
# La vieja Palestina y sus bellezas



Las ruinas de la mezquita de Omar



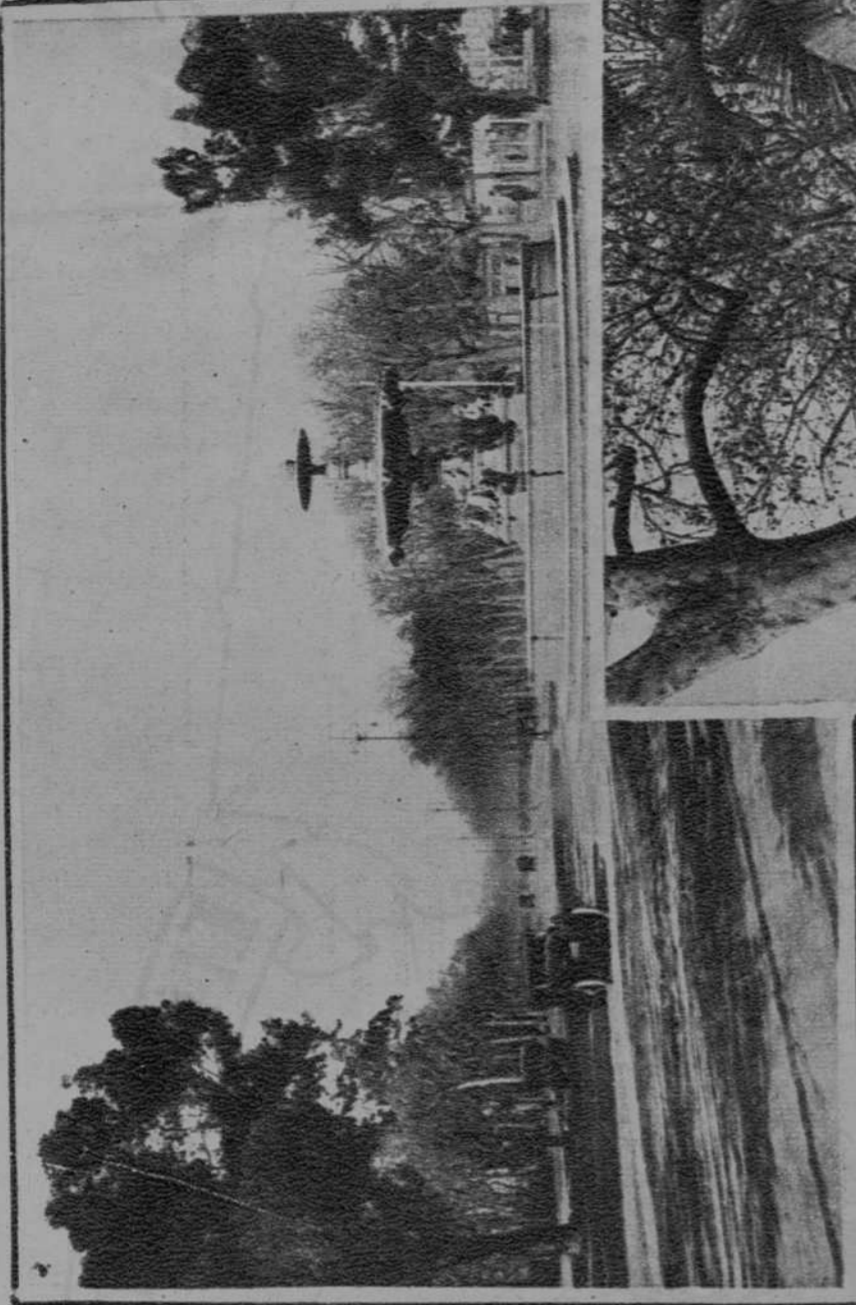
El castillo de Bosra  
(Foto. S. O.)



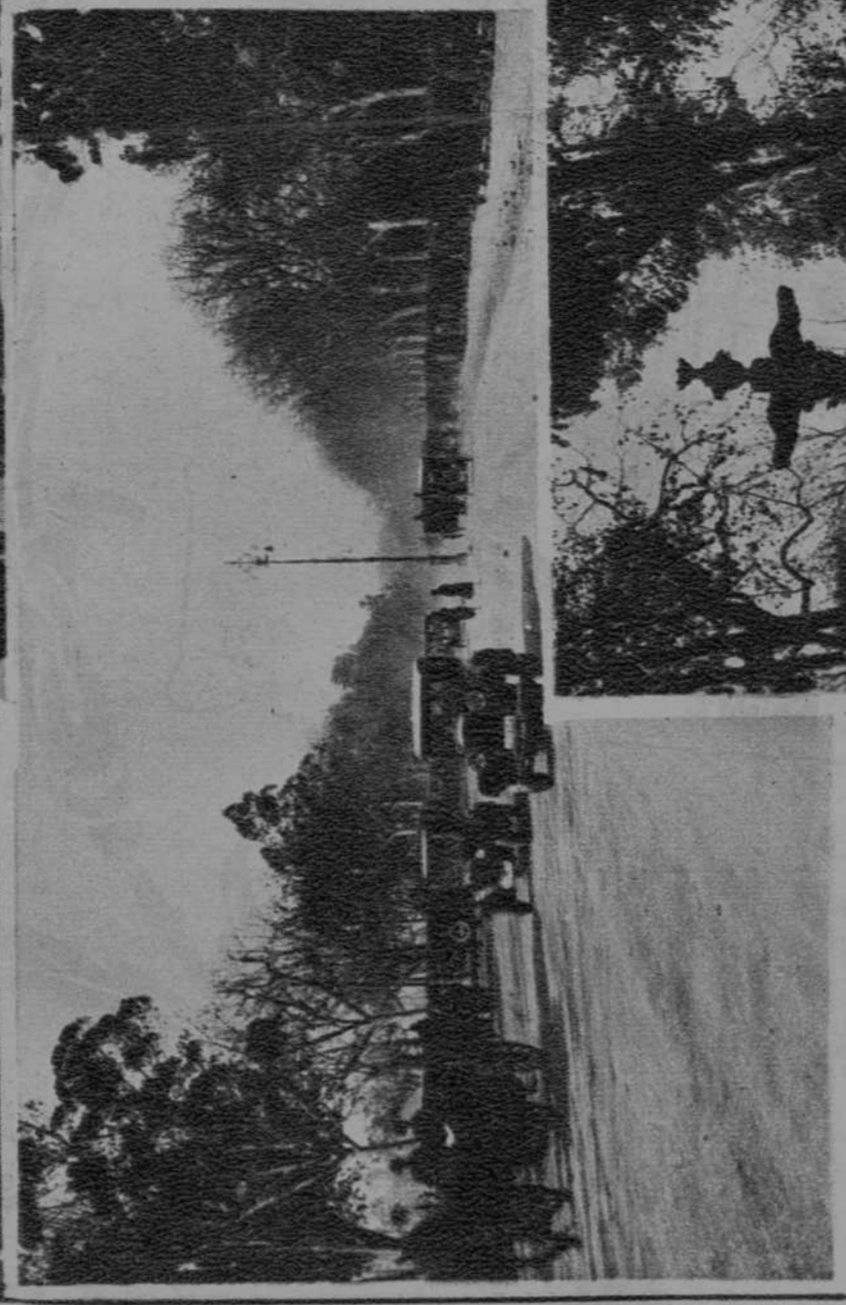
Un rincón de la costa  
cerca de Bayrouth



LA ALAMEDA  
EL HERMOSO PASEO  
DE VALENCIA

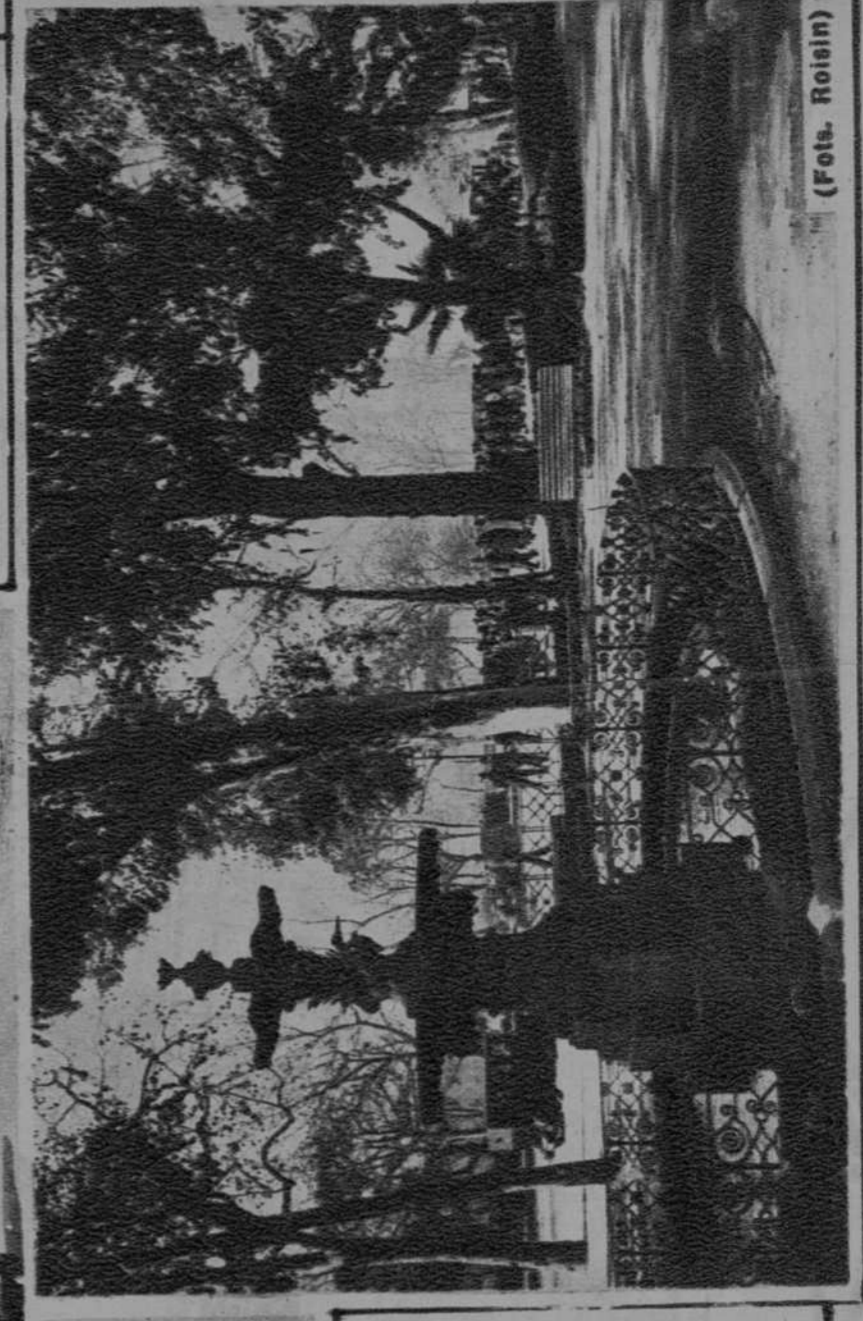


Tomando el sol invernal



Vista general del Paseo

El desfile de coches



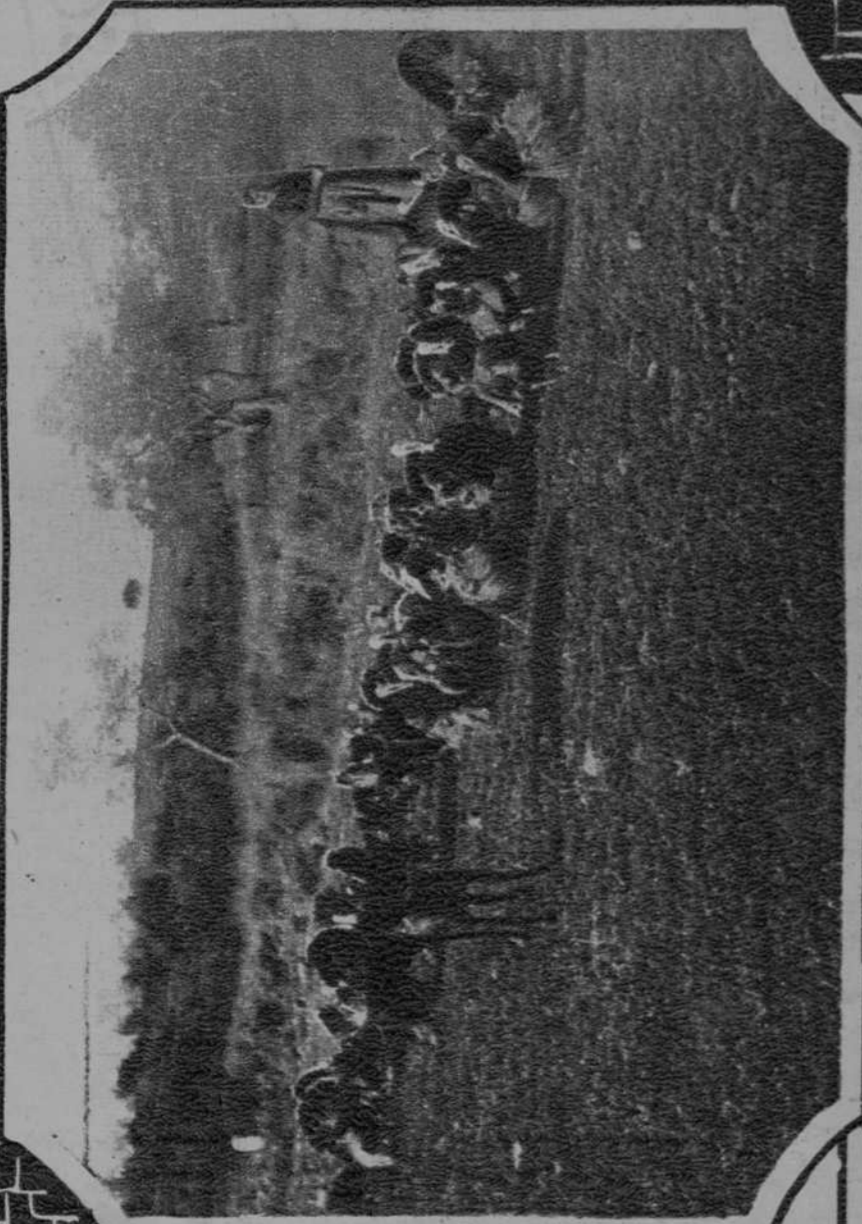
Un rincón de La Alameda

(Fots. Roisin)

LAS FUTURAS VICTIMAS  
DE NAVIDAD



Una manada de pavos

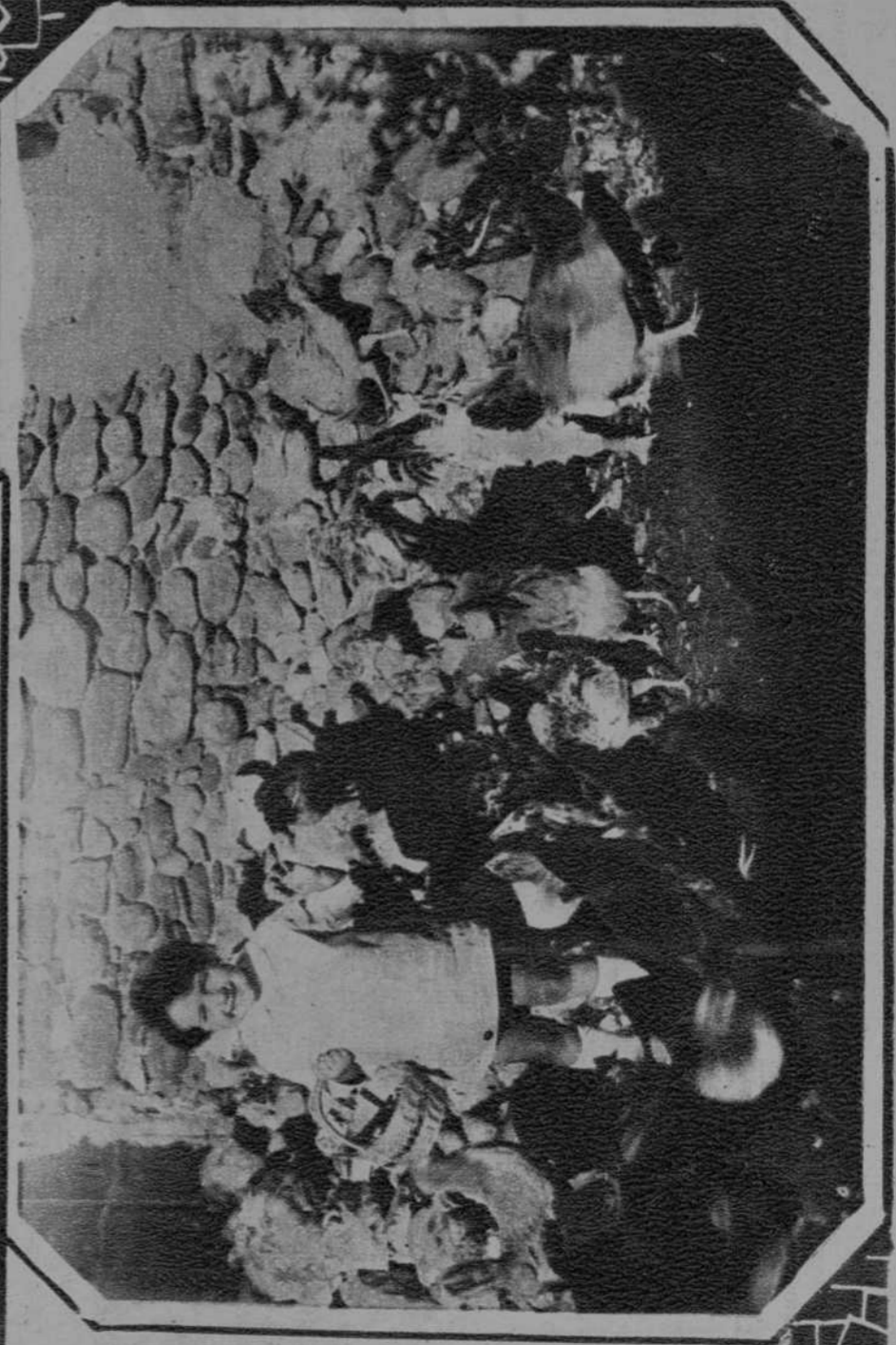


Los vanidosos pavos  
luciendo su plumaje



Dando de comer  
a las gallinas

(Fots. Vilá)



Los pavos se van luciendo ya sus plumajes para el desfile de Navidad. Este grupo lo acompaña el resto de las gallinas. Este grupo lo acompaña el resto de las gallinas.

El invierno en Checoslovaquia



Una llanura helada



Un bello panorama



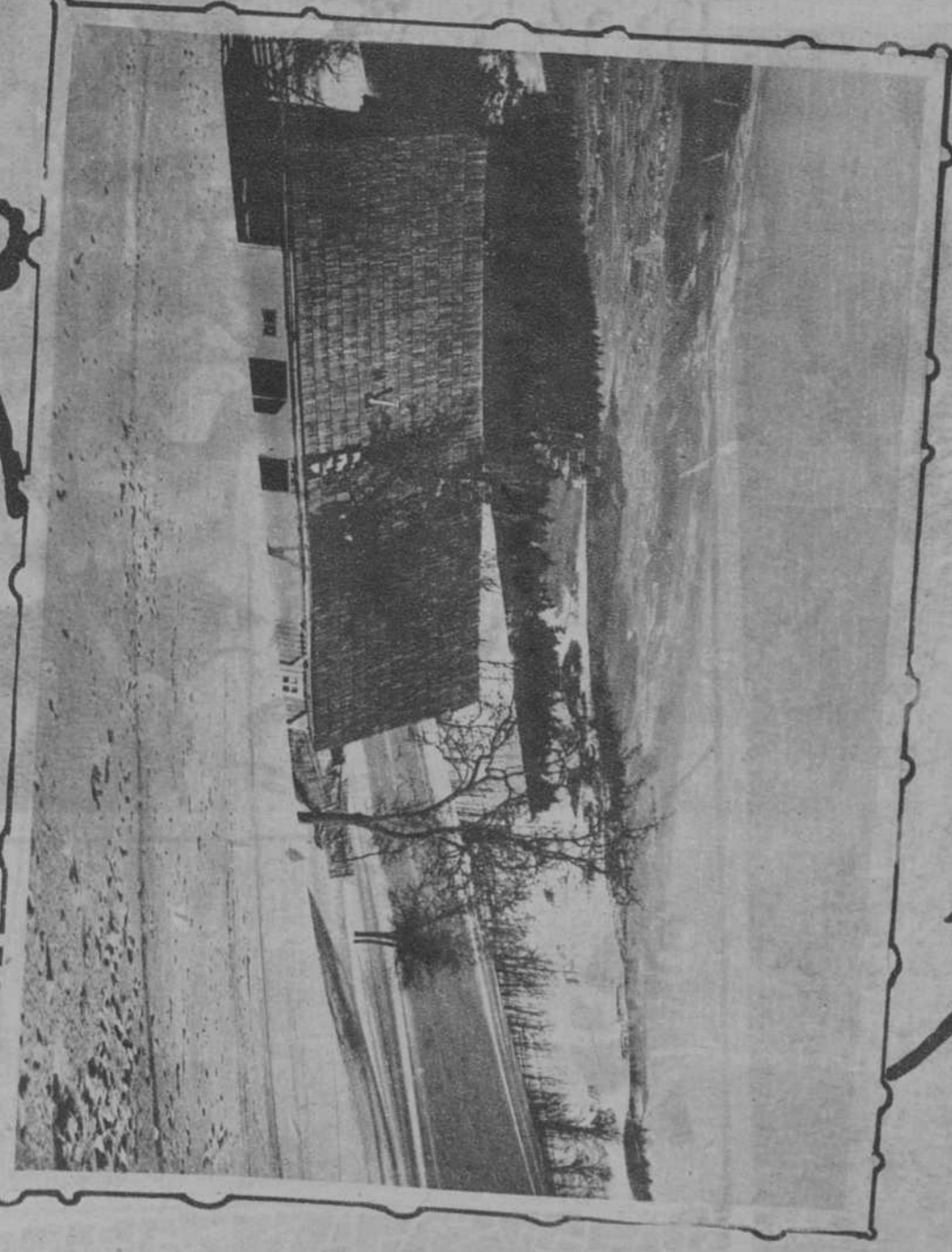
Los alrededores de Praga, cubiertos por la nieve



La aldea de Krusné



La nieve cubriendo las vertientes de las montañas



El valle de Kokoise, nevado

(Fots. Vida)

CUENTOS Y LEYENDAS

El chacal y el cocodrilo

Había, allá en los tiempos de Maritania y en un país del centro de Asia, un chacal astuto, avechando en la intrincada selva y un soñoliento cocodrilo, habitante de un río que atravesaba la misma de parte a parte.

Un día, el astuto chacal apercebido, al otro lado del río, el cadáver enorme de un monstruoso elefante. El hambre atormentaba su estómago y la necesidad despertó su ingenio. Aceróse a la orilla y, con la más cariñosa voz que pudo encontrar en su repertorio, habló al cocodrilo de esta manera:

—¡Oh, cocodrilo, Rey de las aguas, cuán solo vives en tu morada! ¿Por qué no eliges, cual yo lo hiciera, grácil y hermosa, tu compañera?

A lo que respondió el cocodrilo: —Sabio chacal, ese fuera mi deseo; encontrar una hermosa y dulce compañera que endulzara mi soledad, una compañera para mis horas de alegría, para compartir conmigo el ceño de las aguas. Sin embargo, cuantas veces he creído encontrar la elegida de mi corazón, me han desdenado, y así, me veo condenado a vivir solo y triste, hasta la terminación de mis días, sin heredero posible...

—Cesa en tu dolor.—respondió el chacal.— hazme el honor inmenso de trasladarme a la otra orilla y yo proveeré a tu deseso.

Complacido el cocodrilo, tomó sobre sus espaldas al chacal astuto, pasándole a la otra orilla, donde se entregó a la agradable tarea de morder el esqueleto del elefante, mientras el cocodrilo desaparecía bajo el agua para soñar en su próxima felicidad.

Llegada la noche, apareció nuevamente el cocodrilo preguntando al chacal:

—¿Tras ya a mi prometida?

—¡Oh, insensato cocodrilo!—respondió aquél.— ¿Cómo quieres, en un día, resolver negocios de amor? El corazón de la mujer debe abrirse con lenta persuasión y no de un zarpaazo. Llévame a mi casa otra vez y mañana reanudaré mi tarea. Confía en mí y desecha todo cuidado.

Hizolo así el cocodrilo y al día siguiente, y el otro, y el otro, repitióse la escena, hasta que llegó el momento en que, con el cuerpo del elefante, terminó la paciencia del cocodrilo quien, al depositar al chacal en la orilla, por la noche, en el octavo día de sus viajes, le dijo:

—Amigo chacal, mañana termina el plazo y debes entregarme mi prometida; sin esto, te devoraré.

Un rugido enorme fué la respuesta del chacal; eras y risas así habló al burlado: —¡Imbecil cocodrilo! Los negocios de amor deben resolverse por el mismo interés. Bastante premiado estás, del servicio que me has prestado, con la lección que recibes. Los servicios de un chacal, solamente al chacal aprovechan.

Dió un salto y se internó en la selva, dejando aturrido al miserable cocodrilo, que, por primera vez en su vida, lloró con verdadero sentimiento.

Distraeones para niños

LA MADRIGuera

Se dispone a los niños en dos hileras, una frente a otra. Se dan la mano con los de enfrente y levantan los brazos, de suerte que forman una especie de túnel. Ese túnel es la madriguera o topera. Entra en él un niño; el topo. Otros dos niños custodian ambas salidas, pero se turnan rápidamente de sitio corriendo por afuera de uno a otro extremo del túnel. Entre tanto, el topo recorre el túnel y procura salir si en el momento en que llega a la salida no hay nadie de guardia. En caso contrario, se vuelve, para intentar salir por el otro lado.

EL JUEGO DEL MERCADO

Sitíanse los niños alrededor de un montón de arena reservado al juego. Cada uno ocupa el lugar que más le convenga para instalar su tenducho o puesto de venta. La mamá, la maestra o la niña mayor que dirige el juego distribuye juguetes diversos: palitas, baldécitos, regaderas, cedazos, cascarnas o de nueces, forman montoncitos de guijarros; los vendedores de granos se dedican a cerner arena; los de plantas disponen en hileras las cáscaras de nueces llenas de arena, en la que han planiado una hoja o una ramita. Otros modelan con arcilla, discos o cuadrados que representan bizcochos, quesos, panes de mantecca, etc.

Los más pequeñitos—para los cuales sería demasiada responsabilidad ponerse al frente de una casa de comercio—son empujados por los mayores para hacer mandados o para traer clientela, tocando el tambor o la corneta a la puerta del establecimiento.

La directora del juego elige a dos o tres niños desocupados y les dice: «Vayamos al mercado». Con sus «chifitos» recorre los «negocios», examina la mercancía, hace observaciones sobre el precio y acerca de la calidad, etc., y efectúa algunas compras.

Es preciso sobre todo, hacer hablar a los niños. Deben pregonar su mercancía, invitar cortésmente, dar las gracias, saludar, etc. Una vez iniciado el juego conviene que la directora se retire y lo deje librado a la espontaneidad infantil.

ADVERTENCIAS A GRANDES Y A CHICOS

A veces los niños, jugando en la acera, retroceden rápidamente sin mirar atrás. Pueden tropezar con una persona anciana, con un cochecito de niño o con la columna de un farol y causar así un accidente.

Si un niño tiene asido un cuchillo, un trozo de vidrio u otro objeto con el que se puede cortar o pinchar, no se le quitará a la fuerza ni de una manera que le induzca a resistir. Se le ofrecerá un juguete o una golosina. El niño, atraída así su atención, soltará el objeto peligroso y dejará de apretarlo, y entonces será fácil retirarlo sin que se dé cuenta.

EL PADRE POR JACINTO M. MUSTIELES

ILUSTRACIONES DE BOSCH



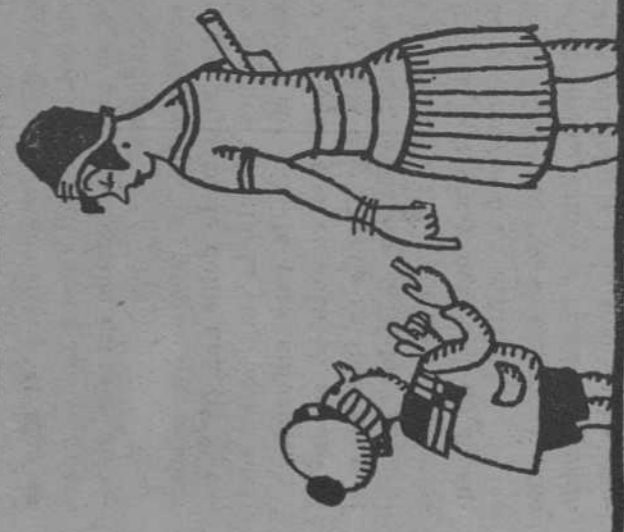
Se habían celebrado los funerales aquella mañana y don Romualdo había asistido creyéndose con suficiente serenidad para presidir el duelo con los dos hijos. Pero una vez allí, durante los religiosos oficios, comprendió su equivocación. Los paños negros que enlutaban el templo; el tímulo donde se suponía el cadáver de su pobre esposa; los téticos hachones; las notas arrastradas y quejumbrosas del órgano y, sobre todo, los continuos «requiem eternam» «requiescat in pace» repetidos cien veces con patética entonación, le habían transformado intensamente.

Hubo de recurrir a toda su fuerza de voluntad para no dar un espectáculo desvaneciéndose en la iglesia. ¡Qué caramba! Por muy hombre que uno sea y por mucha entereza que se tenga, no es tan fácil do-

Romualdo, sentado en el sillón de su despacho, cruzó los brazos sobre la mesa, dejó caer la cabeza sobre los brazos y lloró a sus anchas...

Cuando levantó la cabeza estuvo mucho rato mirando el papel que había sobre la carpeta, entre sus codos, sin verlo. Luego lo vió, pareciéndole que tenía letras, pero sin leerlas. Después leyó el escrito, sin comprenderlo. Su espíritu, tan alejado de allí y tan absorto, no podía interesarse por un papel olvidado sobre la mesa de su despacho. No le concedía la menor importancia. Nada la tenía, en aquellos momentos. Se fijaba en aquellas rayitas y deletreaba aquellas palabras, sin pensar que formaban frases y decían algo. Y de pronto sus lágrimas se secaron; sus ojos se abrieron como los de un loco y en toda

MANOS BLANCAS...



Anda, rico, quítate los guantes. —¡Pro si no los llevo puestos, mamá!...

Decisión que fué aceptada, por todos y seguramente bien vista por el gato, que hecho un ovillo, en un rincón de la sala del juicio, se lamía suavemente la patita enferma.

bía confiado la vigilancia de las patitas sanas hicieron observar respetuosamente al patrón que toda la culpa del desastre debía ser atribuida sólo al otro criado, que, al vender la pata del gato, había hecho posible el incendio. Era, pues, ese criado quien debía pagar el importe total del daño. Pero el otro protestaba energicamente. ¿Acaso el gato pudo acercarse al fuego y arrojarse luego sobre la mercadería con una sola pata, la que él había vendido? Precisamente esa pata era la que menos había servido al pobre gato para huir. Gracias a las otras pudo ir esparciendo el fuego y la ruina. Era justo, pues, que los tres criados encargados del cuidado de las tres patas sanas pagaran la totalidad del importe de las mercaderías.

Como no se entendieran, decidieron llevar la querrela ante los jueces; y como los jueces mismos no se creyeran capaces de desatar tan intrincado nudo, la cuestión fué presentada al príncipe.

Escuchadas las partes, el príncipe declaró: —El criado encargado de cuidar la pata enferma del animal y que la vendió con tela no puede ser considerado único responsable de los daños. El se manifestó caritativo con el gato. Además, las ciencias naturales nos enseñan que un gato no puede caminar con una sola pata. Los criados que debían vigilar las tres patas sanas no cumplieron su deber, puesto que el animal tuvo libertad para correr entre las mercaderías. Por otra parte, el primer criado no demostró bastante prudencia al vender la pata del gato con una tela embobida en aceite. Considerado todo esto, dividido en tres partes iguales la suma a pagar como indemnización de los daños. Una parte será pagada por el criado encargado de vigilar la pata enferma, y las otras tres partes por los que debían custodiar las patas sanas.



# PAGINAS INFANTILES

LO QUE NO ESTA DE MAS SABER

## LOS AEROPLANOS

En 1895 vivía en El Cairo un francés llamado Augusto Mouillard, profesor de dibujo. Durante muchos años, ese profesor había alentado la idea de reproducir el vuelo de las aves. Para lograrlo, fabricó un par de grandes alas, y provisto de ellas lanzóse, desde una altura, provisto de alas artificiales; recorrió unos cincuenta metros, pero cayó y se hirió. Al poco tiempo, una grave enfermedad le dejó inválido para siempre. Desesperado por no poder continuar sus ensayos, el profesor se resignó a exponer sus ideas en un libro notable: «El dominio del aire», ensayo de ornitología aplicado a la aviación que causó favorable sorpresa a las personas competentes, pero que pasó completamente inadvertido para el público.

En la misma época, un alemán, Otto Lillenthal, nacido en Aucklam en 1848, tenía ideas muy semejantes a las de Mouillard, sin haber conocido a éste, y repetía parecidos experimentos preliminares de vuelo.

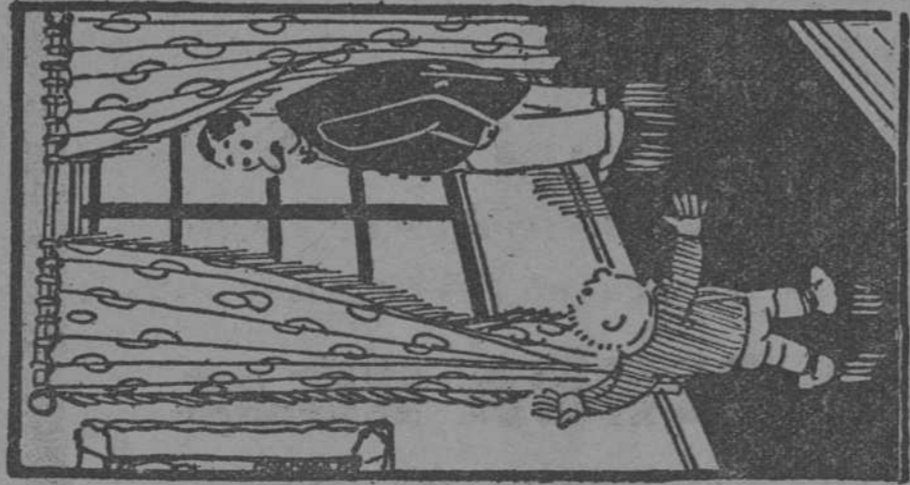
En 1884 adquirió en Gross Lichterfeld, cerca de Berlín, un terreno en el que levantó un terraplén de forma de cono, de 15 metros de altura, que debía servirle de plataforma de partida. Allí ensayó un modelo de aparato que comportaba dos superficies superpuestas: tipo del biplano hoy empleado universalmente.

Pero el 9 de agosto de 1896, en el curso de un deslizamiento aéreo muy prolongado, se rompió en pleno vuelo uno de los cables sustentadores de los planos, que había sido reparado apresuradamente un momento antes. El aparato, desequilibrado, se vino al suelo de punta y se estrelló. Lillenthal fué retirado de entre los restos del aparato; tenía la columna vertebral rota, y falleció al día siguiente.

Casi en la misma época, otro investiga-

tor imbuído de ideas semejantes, construyó, después de veinte años de estudios teóricos, una máquina a vapor con grandes alas de forma igual a las del murciélago. Era el ingeniero Clemente Ader, que ya se ha-

### NINOS TERRIBLES



—Ya se ha ido ese señor, papaito; ya le he dicho que me habías ordenado decirle que no estabas en casa...

bía hecho conocer como inventor en otros terrenos.

Ader ofreció el nuevo aparato al Gobierno francés, que designó una comisión para que presenciara las pruebas. En el campo de maniobras de Satory se trazó una pista,

seo de Arte Moderno de Madrid; «Triunfo de Galatea»; estas dos últimas obras figuraron en la Exposición de Bellas Artes, de Barcelona, de 1891; «Arco de Triunfo», que la Junta de Comercio dedicó a Fernando VII (1829).

Además de las ya citadas obras religiosas hizo: «La oración del Huerto» y «La calle de Amargura», en Novelda; cuatro imágenes destinadas a Montevideo; «Cristo en Cruz», para El Escorial; «La Virgen y el Niño», para la Seo de Urgel; «Santa Bárbara», en la Iglesia de San Mateo de Zafra; «Piedad», por encargo del archiduque Leo-

poldo Salvador, se encuentra en Viena; y otras obras en Montserrat, Manila, Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile, La Habana, Constantinopla, Bellem y Jerusalén. En el Museo de Arte Moderno se conservan veintiséis figuras de «pesebre» de este escultor.

Tuvieron el honor de contarle como maestro, S. Roig y Soler, F. Font, A. Querol, M. Sala y el insigne Fortuny.

Murió a los 89 años siendo su memoria venerada como lo merecían sus méritos como artista y su vida como hombre.

Joaquín BAS GICH

Tal era el estado del problema de la aviación en los primeros años de nuestro siglo. Mouillard había muerto en El Cairo. Lillenthal en Berlín, Ader y otros investigadores se veían anulados por falta de dinero para proseguir sus experimentos.

Vivía en los Estados Unidos un ingeniero llamado Octavio Chanute, a quien la aviación interesaba sobremanera.

Chanute hizo construir una serie de «plañadores» que dos jóvenes de la ciudad de Dayton (Ohio) llamados Wilbur y Orville Wright, se encargaron de ensayar. Poco a poco estos dos experimentadores adquirieron destreza en la dirección y el equilibrio de esas máquinas; adquirieron, en una palabra, el sentido del vuelo. Gracias a esos conocimientos prácticos, en 1905, dotaron a su biplano de una hélice propulsora, un motor y un timón de profundidad. Puede decirse que desde ese momento quedó realizado el aeroplano mecánico que no cesó de perfeccionarse en todas sus partes por obra de diversos investigadores.

cado. Parecía más triste, más acongojado que nunca. Muy quietecito, muy callado, dejaba que la criada cambiase los platos sin apenas probar nada. Don Romualdo no lo veía, porque se obstinaba en mirar sólo hacia su derecha, pero oyó una de las voces a la criada:

—¡Vamos, señorito César, esto no puede ser! Si se empeña usted en no comer nada, acabará por enfermar.

El corazón de don Romualdo dió un vuelco. ¿Qué culpa tenía el chico? Le había apenado mucho la muerte de su madre y era un dolor muy de justicia y muy de compadecer. Si continuaba llorando a todas horas y sin alimentarse casi, realmente enfermaría. ¡Pobre criatura! No merecía la madre el efecto que su desaparición causaba en el pobre Cesitar... Bien sabían todos que era muy bueno. De niño, no había dado lo que se dice una mala noche. Humillido, obediente, no tenía otro afán que llevar a casa premios ganados en el colegio. Se hacía él mismo sus juguetes, porque éste le entretenía más, y asombraba a todos con su ingenio y su habilidad. Ahora, ya con sus doce años, aun conservaba la inocencia y la dulzura de la primera edad. Parecía un ángel que luchase por no ser nunca hombre.

Desde que había muerto su madre, pasaba casi todo el día en un rincón del salón de visitas, frente a un gran retrato de la muerta. Allí habían de ir a buscarle y le encontraban siempre igual: contemplando el retrato de su madre, con los ojos hinchados de llorar, o subido a una silla besando el cristal que preservaba el retrato.

Don Romualdo, olvidando su decisión, se volvió al pequeño. Y le vió tan delgado, tan pálido—más pálido y más delgado con su traje negro—, tan afligido, dejando caer al plato las lágrimas que lloraba en silencio, que, obedeciendo a un impulso de piedad, le dió unas cariñosas palmaditas en el hombro.

—¡Vamos, vamos, hay que animarse! Se caen las lágrimas y trata de comer un poco... Has de acatar la voluntad de Dios, aunque te haya quitado lo que más quieres en el Mundo.

Y el chico, entre hipos y sollozos, dijo: —Lo que más quería, no, papá. Me quedas tú y a tí te quiero igual.

Y los dos se abrazaron con fuerza y las lágrimas de los dos cayeron juntas sobre los manteles.

Después, nuevamente en su despacho, don Romualdo pensaba que, con toda seguridad, el hijo que no era suyo era el mayor, y sentía una satisfacción inmensa al no haber de arrojar de casa al pequeño César. Cesitar era suyo, indudablemente suyo. La frase del chico y el abrazo tiernísimo que se habían dado, era el grito de la sangre. La naturaleza le decía al chico que allí le quedaba su padre... Y la naturaleza le había impulsado a él a abrazar a Cesitar, haciéndole comprender que allí tenía a su hijo.

Se alegraba. No podía decir que tuviera antipatía a Germán, el mayor, pero se ale-

graba de que no fuera Cesitar el bastardo. Era tan bueno y tan humillido! Llevaba ya el tercer curso de bachiller, y en los dos anteriores había obtenido sobresaliente en todas la asignaturas. Muy estudioso y muy listo. Sería un gran ingeniero de Minas, como deseaba. Y su padre—porque su padre era él, no cabía duda. Se lo decía el corazón—se sentiría compensado de la maldad de la madre, con la bondad del hijo.

Germán era muy diferente. Era un muchacho de veinte años que se empeñaba en tener cuarenta y en suponerse experto en todo, como si la vida ya no tuviera secretos para él. Había crecido con el orgullo de primogénito de casa rica y la riqueza de los padres le había hecho vanidoso y presuntuoso, como si fuera él quien la hubiera ganado.

No es que fuese malo, porque nunca se le había encontrado un detalle de bajeza, ni seguía los pasos de otros señoritos de su edad por caminos de vicio; pero, viniendo rico y buen mozo, se había engreído demasiado y esto siempre había hecho torcer el gesto a don Romualdo. Una infamia de chico, porque en el fondo valía. Tenía

graba de que no fuera Cesitar el bastardo. Era tan bueno y tan humillido! Llevaba ya el tercer curso de bachiller, y en los dos anteriores había obtenido sobresaliente en todas la asignaturas. Muy estudioso y muy listo. Sería un gran ingeniero de Minas, como deseaba. Y su padre—porque su padre era él, no cabía duda. Se lo decía el corazón—se sentiría compensado de la maldad de la madre, con la bondad del hijo.

Desde que había muerto su madre, pasaba casi todo el día en un rincón del salón de visitas, frente a un gran retrato de la muerta. Allí habían de ir a buscarle y le encontraban siempre igual: contemplando el retrato de su madre, con los ojos hinchados de llorar, o subido a una silla besando el cristal que preservaba el retrato.

Don Romualdo, olvidando su decisión, se volvió al pequeño. Y le vió tan delgado, tan pálido—más pálido y más delgado con su traje negro—, tan afligido, dejando caer al plato las lágrimas que lloraba en silencio, que, obedeciendo a un impulso de piedad, le dió unas cariñosas palmaditas en el hombro.

—¡Vamos, vamos, hay que animarse! Se caen las lágrimas y trata de comer un poco... Has de acatar la voluntad de Dios, aunque te haya quitado lo que más quieres en el Mundo.

Y el chico, entre hipos y sollozos, dijo: —Lo que más quería, no, papá. Me quedas tú y a tí te quiero igual.

Y los dos se abrazaron con fuerza y las lágrimas de los dos cayeron juntas sobre los manteles.

Después, nuevamente en su despacho, don Romualdo pensaba que, con toda seguridad, el hijo que no era suyo era el mayor, y sentía una satisfacción inmensa al no haber de arrojar de casa al pequeño César. Cesitar era suyo, indudablemente suyo. La frase del chico y el abrazo tiernísimo que se habían dado, era el grito de la sangre. La naturaleza le decía al chico que allí le quedaba su padre... Y la naturaleza le había impulsado a él a abrazar a Cesitar, haciéndole comprender que allí tenía a su hijo.

Se alegraba. No podía decir que tuviera antipatía a Germán, el mayor, pero se ale-

graba de que no fuera Cesitar el bastardo. Era tan bueno y tan humillido! Llevaba ya el tercer curso de bachiller, y en los dos anteriores había obtenido sobresaliente en todas la asignaturas. Muy estudioso y muy listo. Sería un gran ingeniero de Minas, como deseaba. Y su padre—porque su padre era él, no cabía duda. Se lo decía el corazón—se sentiría compensado de la maldad de la madre, con la bondad del hijo.

Germán era muy diferente. Era un muchacho de veinte años que se empeñaba en tener cuarenta y en suponerse experto en todo, como si la vida ya no tuviera secretos para él. Había crecido con el orgullo de primogénito de casa rica y la riqueza de los padres le había hecho vanidoso y presuntuoso, como si fuera él quien la hubiera ganado.

No es que fuese malo, porque nunca se le había encontrado un detalle de bajeza, ni seguía los pasos de otros señoritos de su edad por caminos de vicio; pero, viniendo rico y buen mozo, se había engreído demasiado y esto siempre había hecho torcer el gesto a don Romualdo. Una infamia de chico, porque en el fondo valía. Tenía



graba de que no fuera Cesitar el bastardo. Era tan bueno y tan humillido! Llevaba ya el tercer curso de bachiller, y en los dos anteriores había obtenido sobresaliente en todas la asignaturas. Muy estudioso y muy listo. Sería un gran ingeniero de Minas, como deseaba. Y su padre—porque su padre era él, no cabía duda. Se lo decía el corazón—se sentiría compensado de la maldad de la madre, con la bondad del hijo.

Germán era muy diferente. Era un muchacho de veinte años que se empeñaba en tener cuarenta y en suponerse experto en todo, como si la vida ya no tuviera secretos para él. Había crecido con el orgullo de primogénito de casa rica y la riqueza de los padres le había hecho vanidoso y presuntuoso, como si fuera él quien la hubiera ganado.

No es que fuese malo, porque nunca se le había encontrado un detalle de bajeza, ni seguía los pasos de otros señoritos de su edad por caminos de vicio; pero, viniendo rico y buen mozo, se había engreído demasiado y esto siempre había hecho torcer el gesto a don Romualdo. Una infamia de chico, porque en el fondo valía. Tenía

Al entrar se detuvo extrañado de ver la habitación. Cesitar dormía, de cara a la pared. Germán, sentado en su cama, leía.

—¿Quieres algo, papá? —Nada—respondió don Romualdo, secamente y sin mirarle—. Venía a ver si Cesitar duerme bien.

—Si Hace rato que duerme. Hemos rezado el rosario entre los dos y luego se ha quedado dormido hablando de ti. Decía que, como eres tan bueno, tú nos harías ahora de papá y de mamá y nos querías por cuenta de los dos.

—Sin responder don Romualdo, intencionalmente comovido, se inclinó a besar a Cesitar rezándole apenas la frente para no despertarle. En seguida fue a salir, pero tan bien le detuvo la voz de Germán.

Pensaba proponerte, papá, que fuéramos a pensar los primeros meses de luto a nuestra casa de Montecerrado. Me distraería pintando. Hace tiempo que deseo copiar aquel retrato del abuelito, que está con el hábito de Santiago. Aquella gran capa blanca tiene un efecto decorativo y luminoso, que es un gran acierto. ¿Quién hizo ese retrato?

—No sé. No recuerdo en este momento... —Mirando sólo la cabeza, dírtase que era de Van Dyck. Pero ese retrato es uno de los casos en que al pintor se lo dan todo hecho con el modelo. La cabeza del abuelito es soberbia. No podría encontrarse mejor gesto para expresar la nobleza, la arrogancia, la hidalguía y la caballerescidad...

Me sabe mucho mal no haber conocido al abuelito. Cuando pienso en ese retrato, me siento muy orgulloso de ser nieto suyo. Don Romualdo fue volviendo poco a poco la cabeza hacia Germán. El mozo, con los ojos casi cerrados, evocando el retrato que le producía una doble impresión de arte y de envanecimiento, como si le viese con los ojos de la imaginación, jugueteándose insensiblemente a imitación de la arrogante figura, parecía tener algo del gesto del noble caballero de Santiago. Don Romualdo, que conservaba por su padre una veneración infinita, se sintió herido en lo más vivo y notó que de golpe desaparecían todas sus dudas sobre Germán.

—Era así—dijo—. Mi padre era el hombre más noble de su época. —Basta recordar aquel retrato para comprenderlo. Era el más noble de su época, como tú lo eres de la tuya y yo lo sé de la mía. La nobleza se transmite entre nosotros como ley de raza. Somos dignos unos de los otros.

Lo dijo con altivez, con énfasis, con esa cierta altanería de los aristócratas de abolengo cuando retiran las gestas de su estribo. Lo dijo con firmeza, con acento de convicción absoluta, muy seguro de que en su generación sólo podía encontrarse caballeros sin tacha en su generosidad y sin hidalguía. Lo dijo, también, como empe-

fando su palabra de honor en no desdecir de los otros.

Don Romualdo, lentamente se acercó a él. Le abrazó con transporte, como si le hubiera quitado de encima un enorme peso y le dijo solo: —Gracias, hijo mío.

Don Romualdo entró en su dormitorio, sin duda alguna sobre Germán. Era su hijo. Aquella misma vanidad, aquel engrandecimiento que podía censurarse como único defecto, era orgullo de raza, era satisfacción de la caballerescidad de sus mayores. Germán se sentía ensobrecido por la evocación del noble abuelo y se sentía halagado de ser su nieto. Don Romualdo, ahora, se sentía orgulloso de que Germán fuera su hijo, y dijo un profundo suspiro de satisfacción, de descanso.

No era el mayor quien había de ser expulsado de casa. Un poco presuntuoso, como consecuencia de su juventud, pero buen muchacho, sincero, valiente y digno de su cuna. De haber sido éste, como creyó poco antes, el bastardo, hubiera tenido don Romualdo un disgusto de muerte. Separarle de su lado, hubiera sido para el buen padre como si le mutilaran su propio cuerpo. ¡Don que arrogancia había hablado de su raza! ¡Qué bien había dicho aquello de que eran dignos unos de otros! ¡Quién podía haber dictado esas frases a un chiquillo de veinte años, sino la voz de la misma sangre? También la voz de la sangre le decía alguna cosa a él. Por eso, cuando pensó que no era su hijo y había de echarse de casa, lo pensó sin rencor. No podía odiar al chico. ¿Cómo odiarle, si era su hijo?

Entonces el pensamiento de don Romualdo se fijó de nuevo en Cesitar y quedó pensativo, anonadado. Recordaba que estas circunstancias que hacía ahora sobre el mayor, las había hecho poco antes sobre el pequeño. ¿No se había sentido igualmente contento al convertir que no era Cesitar el que debía apartar de su lado?

¡Pobre don Romualdo! Su cabeza hervía, su corazón, sangraba; ¿cuál de los dos. Dios mío! ¿cuál de los dos?—se preguntaba. Y se clavaba las uñas en el pecho hasta sentirse con sangre.

Y así un día y otro y una semana y un mes, sin querer, ponerse frente a los chicos para que no le influyeran con sus palabras o le enternecieran con su inocencia, tirando unas veces de olvidar a Cesitar para fijar su atención en Germán, y tratando otras veces de no pensar en Germán para concentrar en Cesitar todo el cariño que tenía a los dos. Un tormento magnamente horrible por haber de sufrirlo en secreto. Y así días y semanas...

Pero un día don Romualdo amaneció radiante. Dijo que no se le esperaba a comer y fue a cierta estación, tomó cierto tren y se presentó en cierto pueblecillo desde vivía la que había sido ama de leche de Germán. Aquella mujer, durante el tiempo que estuvo en su casa, se ganó por completo la confianza de la señora. Debía mediar en la traición, disminuyendo al esquivo alguna ausencia de la infiel, llevando algún recado infamante... Después de desatado Germán, la señora quiso que continuara en casa en calidad de ama seca y así estuvo muchos años... Si ella lo sabía. Y, sabiéndolo ella, lo habría don Romualdo, de grado o por fuerza.

La pobre mujer le recibió llorosa. Le había atigido mucho la muerte de la señora, que fue con ella tan buena y tan cariñosa. A medio usar sus trajes, se los envió a al pueblo, y, con las ropas, siempre algún billete que le ayudaba a resistir su pobreza. ¡Muy buena la señora, muy buena! ¡Una santa!

Bien: una santa. Don Romualdo la dejó decir. Poco le importaba la opinión, bien interesada, de que su esposa tuviera la antigua nodriza. De todas las personas largas de bolsillo se dice que son muy buenas. Cuando morimos, de todos dicen que éramos santos.

Cuando la mujer terminó sus exclamaciones y sus alabanzas, habló de él. No quería llevar el asunto a los tribunales para evitar el escándalo que ya no castigaría a la culpable, pero, si se decidía, también bailarían ella, la nodriza, llamada como encubridora. Era cosa de confesar, a las buenas. Don Romualdo no quería vengarse de nadie, ni de seductores ni de alcahutes. Lo que necesitaba saber era cuál hijo no era suyo.

La pobre mujer, con los ojos bajados, callaba. Conservaba demasiado afecto a su señora para descubrirle, aun después de muerta. Pero don Romualdo, aun tocado la cuerda sensible. Ella también era madre y sabía cómo se ama a los hijos. No accedía en su busca el marido vengador; era el padre, atemorizado a la idea de echar a su verdadero hijo y quedarse al bastardo. Y, pese a toda su hombría, don Romualdo tenía húmedos los ojos.

—Pues bien, señor: yo no hubiera hablado nunca. El secreto me lo habría llevado a la tumba. Pero ya que el señor se empeña en saberlo... Ya que sufre tanto por saberlo... sepa que los dos, señor, los dos son bastardos.

Don Romualdo inclinó la cabeza, cerró los ojos y por un momento pareció que iba a desplomarse muerto. Pero la reacción fue rápida y alegre. El cariño a los hijos apartó como cosa despreciable el engaño de la mujer. Y la antigua nodriza, asombrada, le oyó decir:

—¡Gracias a Dios! Ahora no he de escoger entre uno y otro. Los he criado con mis desvelos y mis sacrificios; les he dado mi nombre y mi amor... Ahora ya sé que no he de echar de casa a ninguno. ¡Son míos los dos!

Desde vivía la que había sido ama de leche de Germán. Aquella mujer, durante el tiempo que estuvo en su casa, se ganó por completo la confianza de la señora. Debía mediar en la traición, disminuyendo al esquivo alguna ausencia de la infiel, llevando algún recado infamante... Después de desatado Germán, la señora quiso que continuara en casa en calidad de ama seca y así estuvo muchos años... Si ella lo sabía. Y, sabiéndolo ella, lo habría don Romualdo, de grado o por fuerza.

La pobre mujer le recibió llorosa. Le había atigido mucho la muerte de la señora, que fue con ella tan buena y tan cariñosa. A medio usar sus trajes, se los envió a al pueblo, y, con las ropas, siempre algún billete que le ayudaba a resistir su pobreza. ¡Muy buena la señora, muy buena! ¡Una santa!

Bien: una santa. Don Romualdo la dejó decir. Poco le importaba la opinión, bien interesada, de que su esposa tuviera la antigua nodriza. De todas las personas largas de bolsillo se dice que son muy buenas. Cuando morimos, de todos dicen que éramos santos.

Cuando la mujer terminó sus exclamaciones y sus alabanzas, habló de él. No quería llevar el asunto a los tribunales para evitar el escándalo que ya no castigaría a la culpable, pero, si se decidía, también bailarían ella, la nodriza, llamada como encubridora. Era cosa de confesar, a las buenas. Don Romualdo no quería vengarse de nadie, ni de seductores ni de alcahutes. Lo que necesitaba saber era cuál hijo no era suyo.

La pobre mujer, con los ojos bajados, callaba. Conservaba demasiado afecto a su señora para descubrirle, aun después de muerta. Pero don Romualdo, aun tocado la cuerda sensible. Ella también era madre y sabía cómo se ama a los hijos. No accedía en su busca el marido vengador; era el padre, atemorizado a la idea de echar a su verdadero hijo y quedarse al bastardo. Y, pese a toda su hombría, don Romualdo tenía húmedos los ojos.

—Pues bien, señor: yo no hubiera hablado nunca. El secreto me lo habría llevado a la tumba. Pero ya que el señor se empeña en saberlo... Ya que sufre tanto por saberlo... sepa que los dos, señor, los dos son bastardos.

Don Romualdo inclinó la cabeza, cerró los ojos y por un momento pareció que iba a desplomarse muerto. Pero la reacción fue rápida y alegre. El cariño a los hijos apartó como cosa despreciable el engaño de la mujer. Y la antigua nodriza, asombrada, le oyó decir:

—¡Gracias a Dios! Ahora no he de escoger entre uno y otro. Los he criado con mis desvelos y mis sacrificios; les he dado mi nombre y mi amor... Ahora ya sé que no he de echar de casa a ninguno. ¡Son míos los dos!

# DOMINGO TALARN Y RIBOT

## SILUETAS DEL "FIN DE SIGLO"

### EL MAESTRO "PESEBRISTA"

Nacido en plena época de lucha, su juventud no pudo librarse de aquellos tragicos incidentes, que ponían en peligro la vida del más pacífico ciudadano. Durante una de aquellas asonadas, estaba el joven Talarn dibujando en su domicilio de la calle de Jerusalén, un cuadro alegórico al carbón, cuando en la calle mataron a un oficial. Furiosos los soldados invadieron las casas, penetrando en el domicilio de Talarn, y como le viesen con las manos sucias de carbón, creyeron podrían estar negras de pólvora, levantándose para fustigarlo hacia la Rambla, frente a Bellam. Intentaron hacer el cuadro teniendo que desistir ante la actitud del vecindario indignado, pero obstinados, llegaron hasta la Virreina y por último al Llano de la Boquería, donde el fuego del paisanaje obligó a desistir de su designio, soltando a su presa. Los pasanos rescataron al pobre muchacho, más muerto que vivo, desangrándose por las heridas que le habían producido arrastrándolo sin compasión, perdurando toda su vida, las señales producidas en las rodillas.

Nuestro Talarn nace en 1812. Empieza sus estudios con Guixa, escultor de linajes establecido en la calle de Jerusalén. A los 15 años se pone bajo la dirección de Campeny.

Su actuación llena aquel período tan arduo en cosas de arte, que media entre el final de la preponderancia de Campeny hasta la resurrección del arte escultórico, iniciado por la labor pedagógica de los Vallmíñana. La decadencia material de Cataluña y las luchas cotidianas, no eran ambiente adecuado para florecer las artes. Con todo, en su taller primeramente instalado en la calle del Carmen y después en la recientemente derribada casa del marqués de Castelvell, en la plaza de Santa Ana, se esfuerza en desarrollar todas las manifestaciones que podían fructificar en aquel ambiente enrarecido. El arte religioso y el pesebatismo, tuvieron en él, el representante más genuino, contribuyendo también en los heroicos inicios de resurrección artística, que son ya el preludio de lo que había de ser renacimiento artístico de Cataluña. Parece ser que colabora con Padró, otro discípulo de Campeny, en la decoración de la obra magna de las casas de Xifre.

Suamente habló y trabajador prodigioso, lo que le permitía poder abarcar mucho, sus obras ejecutadas las más de las veces precipitadamente, adolecen de los defectos de un arte improvisador, pero hay en él siempre una fuga compositiva de gran estilo. Un reflejo de ésta y cierto realismo detallista, es lo que atraía a las multitudes a sus belenes, cuyo hechizo principal, consistía en los complicados grupos de reyes, montados en altísimos camellos, lle-

nos de colgaduras multicolores, con accesorios metálicos ricamente dorados. Todo el ideal de arte, el paraiso del barcelonés ochocentista de a principios y a mediados del siglo, eran aquellos «pesebes» y calvarios cuyo maestro era don Domingo.

Venerable patriarca, artista que logra conservar algo del mágico influjo del arte en nuestra Barcelona de las calles estrechas y en el prosaico y material espíritu.

para que no se perdiera la tradición, un pesebre anual en su casa y como derivación de este, en Semana Santa, un calvario. Tanto el uno como el otro, era visitado por numeroso público.

El «pesebatismo», esta institución tan barcelonesa, debía su origen a los pasos o procesiones de Navidad, que durante la Edad Media celebraba el pueblo, con intención de reproducir plásticamente la Navidad, la Epifanía y la Adoración de los Pastores. Esta manifestación callejera se estacionaría, produciendo los «pesebes» en las iglesias, y después, finalmente, en la casa de los ciudadanos. Con todo en nuestra Península, el «pesebatismo» no toma incremento hasta la época del barroquismo, por cuya razón los mejores «pesebes» son fuertemente barrocos.

El «pesebatismo» tomó gran incremento, en tiempo de Carlos III, que lo importó de Nápoles. Los napolitanos, llamaban a estas construcciones de Navidad, «prespes» o «pesepio» que equivalía a la palabra «establo» y en Cataluña adoptando el derivado castellano le apellidaron «pesebre». Aunque la influencia del «pesebatismo» napolitano fuese decisiva en Cataluña, es probable que también influyera el que dominaba en Provenza desde el siglo XVI.

En Cataluña el «pesebatismo» estuvo vinculado en el arte de Ramón Amadeo (1745-1821). Después de Amadeo, fue Domingo Talarn (1813-1901) el más renombrado de los «pesebatistas» catalanes y su compañero Tuguelles, pintor y escultor, continúa la tradición hasta nuestros días.

Si bien este ramo del «pesebatismo» fue lo que dio fama a Talarn, no fue menos importante su misión de imaginero, siendo su labor copiosísima. Sólo en Barcelona podemos mencionar las siguientes esculturas religiosas: «San Francisco de Paula», iglesia de las Minimas; «Calvario, Purísima y Virgen de la Merced», en el Pinar; altar e imagen de la Virgen de la Providencia, en el mismo templo; «San Miguel» en la desaparecida iglesia de San Miguel; «Calvarios», en la capilla del Sacramento de nuestra catedral (1866), una de las mejores obras de Talarn; «Purísima», de las conventos de Santa Clara (1851); «San Isaac de Paula» y «Apostolado», en la antigua iglesia del Carmen; «San Juan Evangelista», en la Biblioteca del Colegio de Notarios; «Ángel», en el manuscrito Heras y «Calvarios», estas dos en el Cementerio Nuevo; aquel último en la Capilla de «Apóstoles», que decoran la parte alta de la nave de Berlém, imágenes de tamaño superior al natural; «San Antonio», en el mismo templo; «San Agustín», estatua costal del altar mayor de la iglesia de este nombre; «Cristo en la columna», de la Bo-



EL ESCULTOR DOMINGO TALARN (dibujo de Juan Matansola Flotat)